

que á ellos se debió la abolición de los sacrificios humanos, el establecimiento de la verdadera religión, la defensa y conservación del pueblo vencido. Y despues de todo, el cargo es falso ó grandemente exagerado; y el poco daño que tal vez llegarían á causar en pinturas verdaderamente importantes, quedó bien compensado con los escritos que les debemos. Venidos á la predicación, por ningún motivo estaban obligados á echarse encima nueva carga, ocupando sus escasísimas horas de descanso en investigar y escribir la historia antigua de estos pueblos. A ellos, que aprendieron la lengua, que estudiaron las pinturas mismas de cuya destrucción son acusados, que recogieron las tradiciones más auténticas, que reunieron todo en laboriosos trabajos, somos deudores de lo que sabemos acerca de los tiempos pasados. Sus inmediatos sucesores y colaboradores continuaron la obra; pero los que llegaron mucho después, como Torquemada, ya no cargaron sobre sí las indecibles fatigas del apostolado; y al paso que sabían aprovechar, por no decir plagiar, los escritos de sus predecesores, no creían injusto dar crédito á indios embusteros, para culpar de ignorancia ó de celo extraviado á los insignes varones á quienes debían la luz recogida en sus pro-

pios escritos: débil reflejo, opacado por mil añadiduras impertinentes, de aquella claridad que brilla en la sencillez de los primeros. Si estos se hubieran limitado, como con justísimo derecho podían hacerlo, á predicar la fé, conservando con esmero hasta el último papel borroneado por los aztecas y salpicado de sangre humana, pero sin escribir ellos cosa alguna, hoy no quedaría de la historia antigua de México ni lo poco que creemos saber.

Porque en efecto, la escritura geroglífica de aquellos pueblos era del todo insuficiente para conservar la memoria de los sucesos pasados: pudiera servir, cuando más, para dejar asentada una especie de tabla cronológica, sin pormenor alguno, sin explicación de las causas de los acontecimientos, ni del carácter de los personajes, sin nada en fin de lo que exige la Historia para merecer tal nombre. La indicación vaga de unas épocas cosmogónicas, no siempre en el mismo orden; una serie de reyes con notables discrepancias de fechas y aun de sucesión; áridas é incompletas noticias de peregrinación y guerra, mezclado todo con fábulas absurdas y pueriles; nóminas de tributos, y otros apuntes sueltos por el estilo, no constituyen la Historia. Cuando Clavigero exclamó en un arrebato de entusias-

mo: «Si se hubieran conservado (las pinturas) *nada* se ignoraría de la historia de México,» no supo lo que se dijo. Quisiéramos ver al pulido abate rodeado de todos los famosos archivos de México, Tezcoco y cuantos más pidiera; pero privado por completo de los escritos de esos *frailes*, á quienes en su interior desprecia, para ver si de tales papeles hubiera podido sacar su historia. Habríase quedado á oscuras. Por más que hoy se pondere el alcance de la escritura geroglífica de los mexicanos, y aún se pretenda atribuirles el uso de signos fonéticos que por mi parte nunca he acertado á encontrar, lo cierto es que su sistema, según Clavigero mismo dice, "era imperfecto, embrollado y equívoco." Buscar *clave* á esas pinturas es perder tiempo, porque no la tienen: dijose que el Lic. Borunda la había hallado, y Bustamante lamentó su pérdida en todos los tonos; pero la publicación del proceso del P. Mier ha venido á poner en claro la inexactitud del aserto. Si algo leemos en las pinturas, y de algo sirven para esclarecer uno ú otro hecho histórico, es porque sabemos de antemano el hecho, y porque los misioneros nos dejaron el conocimiento de la lengua y de muchos de los signos con que los aztecas representaban lo que podían, á cuya obra ayudaron los intérpretes

de los primeros años. Sin tales auxilios las pinturas serían ininteligibles; pruébalo que el códice de Dresde, que no es mexicano ni tiene interpretación, permanece mudo, y apenas se sabe á qué pueblo pertenece. La interpretación de ciertos geroglíficos aztecas es hoy tan clara como la de una charada cuya solución ya se conoce. Careciendo de todo antecedente, ¿qué leeríamos al ver un deforme muñeco, sentado en cuclillas, con rostro de perfil y ojo de frente, ceñida la cabeza con una diadema puntiaguda, y acompañado de una pierna llagada ó herida? Ahora decimos sin vacilar que es el rey Tizoc, pero porque ya sabemos que así se le representaba. Y á pesar de eso, ¡cuántas y cuántas interpretaciones muy acreditadas no han venido al suelo! En la famosa pintura del «Viaje de los Aztecas» todos, y aún los personajes, tan graves como Sigüenza, Clavigero y Humboldt, vieron la historia de tiempos remotísimos: el diluvio universal, la confusión de las lenguas, la dispersión de las gentes y qué sé yo cuántas cosas más, lo cual quedó aceptado como cosa indudable, hasta que el Sr. Ramírez y después el Sr. Orozco y Berra probaron que no hay allí diluvio, ni torre de Babel, ni cosa que lo valga, y que todo se reduce á la peregrinación de los mexica-

ción en que hizo ver que existen otras dos estatuas muy parecidas: la una en el mismo museo de México, traída de Tlaxcala, y la otra de origen desconocido, en una casa de Tacubaya: su conclusión es que el Chac-Mool no representa rey alguno de Yucatán, sino al dios Tezcatlipoca «bajo una forma ó advocación no conocida de nosotros [1].» Estas son pequeñas muestras de la conformidad que suele haber entre intérpretes de geroglíficos, y del fruto que sacaríamos de una gran colección de ellos, si los misioneros no hubieran enseñado á los indígenas la escritura fonética para que con ella escribiéran la interpretación corriente; y si los mismos misioneros, los obispos y los gobernantes, destructores y *oscurantistas*, no hubieran cuidado de recoger las tradiciones, hacer declarar las pinturas antiguas ú otras nuevas y dejar escrita, por sí ó por otros, la relación de las cosas pasadas.

○ Mas aún cuando pudiéramos leer con claridad las pinturas, no sé por qué hemos de concederles la fé absoluta que algunos quieren. Sus autores nos son totalmente desconocidos, y no podemos juzgar de su aptitud y honradez. Ciertamente que "no eran otro Moisés," como dice la relacion del *Libro de*

[1] *Anales del Museo*, tomo I, página 270.

Oro, y muy bien pudieron errar en materia tan oscura. Los analistas indios posteriores á la conquista equivocan torpemente hasta las fechas contemporáneas y perfectamente conocidas (1). Sin embargo, luego que se lee ó cree leerse una fecha ó un suceso en cualquiera pintura, debe aceptarse sin vacilar, por más que no vaya de acuerdo con lo que digan autores conocidos y dignos de crédito. A ser mayor el número de pinturas que nos restan, resultarían infinitas contradicciones, que por cierto no faltan en lo poco que tenemos.

○ Léjos estoy de querer desacreditar las pinturas aztecas, sólo por disminuir así la pena que causa la desaparición de muchas de ellas, y atenuar el cargo hecho á los misioneros. No creo que haya documento histórico inútil, y yo, que he procurado recoger y publicar algunos, sería quien ménos pudiera ver con indiferencia la desaparición de los anales del pueblo que en tiempos remotos vino á ocupar este suelo. Quisiera, por el contrario, que se conservasen hasta hoy todas las historias que pintaron los aztecas, para que sirviesen al estudio de los sabios que con segura crítica y ánimo sereno se dedicasen á esclarecer aquellas épocas oscu-

[1] CHAVERO, *Sahagun*, pág. 15. Otros muchos ejemplares de ello pudieran citarse.

ras. Pero no puedo tolerar exageraciones apasionadas, y deseo que á cada cosa se dé su verdadero valor.

En resúmen: no fué considerable, ni en cantidad ni en calidad, el daño que los misioneros causaron en las pinturas aztecas: el que hicieron á los principios, supieron repararle cumplidamente, y no hay justicia para acusarlos de ignorancia y fanatismo, por sólo un momento de error muy disculpable. Y si bien se mira, los que más afectan condolerse de la pérdida de las pinturas, son los que ménos las conocen, y que jamás se ocuparían en estudiarlas. No es el celo por los adelantos de la ciencia lo que provoca esas lamentaciones: es el espíritu de partido ó de secta, que cree encontrar una arma contra España y contra la Iglesia, en la supuesta ignorancia de sus primeros enviados. Más debiéramos dolernos de la pérdida sufrida en estos últimos años con la desaparición, no de signos oscuros, sino de libros rarísimos y códices preciosos, que con absoluta indiferencia hemos visto pasar al extranjero, de donde jamás volverán. La sana crítica no consiente ya que se estén repitiendo esas absurdas acusaciones contra los misioneros y en particular contra el Sr. Zumárraga: el que insista en sostener todavía semejante vulgaridad, mostrará que se halla tan escaso de estudios como sobrado de pasion.

ANEXOS.

CARTA DEL P. JOSEPH DE ACOSTA PARA EL P. JOAN DE TOVAR, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Holgado he de ver y repasar la Historia mexicana que V. R. me envió y pienso holgarán tambien en Europa con ella, por la curiosidad que tiene cerca del gobierno y ceremonias de los indios mexicanos. Mas deseo me satisfaga V. R. á algunas dudas que á mí se me han ofrecido. La primera es, ¿qué certidumbre y autoridad tiene esta relacion ó historia? La segunda, ¿cómo pudieron los indios, sin escritura, pues no la usaron, conservar por tanto tiempo la memoria de tantas y tan varias cosas? La tercera, ¿cómo se puede ereer que las oraciones ó arengas que se refieren en esta historia las hayan hecho los antiguos retóricos que en ella se refieren, pues sin letras no parece posible conservar oraciones largas, y en su género elegantes? A estas dudas me satisfaga V. R. para que el gusto de esta historia no se deshaga con la sospecha de no ser tan verdadera y cierta, que se deba tener por historia.

RESPUESTA DEL P. JOAN DE TOVAR.

Aunque podía responder luego que recibí la de V. R. y dar solucion á lo que por ella me pregunta, pero consoléme tanto de que V. R. gustase tan-

to de esa historia, que quise con más diligencia refrescar la memoria comunicándome con unos indios de Tulla, ancianos y principales, sabios en esto y muy ladinos en este lenguaje, y conforman mucho con los principales ancianos de México y Tezcuco, con los cuales hice la historia en esta forma.

El virey D. Martin Enriquez, teniendo deseo de saber estas antiguallas de esta gente con certidumbre, mandó juntar las librerías que ellos tenían de estas cosas, y los de México, Tezcuco y Tulla se las trajeron, porque eran los historiadores y sabios en estas cosas. Envióme el virey estos papeles y libros con el doctor Portillo, provisor de este Arzobispado, encargándome las viesse y averiguase, haciendo alguna relacion para enviar al rey. Vi entónces toda esta historia con caracteres y hieroglíficos, que yo no entendía, y así fué necesario, que los sabios de México, Tezcuco y Tulla se viesen conmigo, por mandado del mismo virey; y con ellos, yéndome diciendo y narrando las cosas en particular, hice una historia bien cumplida, la cual aeabada, llevó el mismo doctor Portillo, prometiendo de hacer dos traslados de muy ricas pinturas, uno para el rey y otro para nosotros. En esta conjuntura le sucedió el ir á España, y nunca pudo cumplir su palabra ni nosotros cobrar la historia; pero como entónces lo averigüé y traté muy de espacio, quedóseme mucho en la memoria, demas de que ví un libro que hizo un fraile dominico, deudo mío, que estaba el

más conforme á la librería antigua que yo he visto, que me ayudó á refrescar la memoria para hacer esta historia que V. R. agora ha leído, poniendo lo que era más cierto y dejando otras cosillas dudosas que eran de poco fundamento. Y esta es la autoridad que eso tiene, que para mí es mucha, porque demás de lo que yo vi en sus mismos libros, lo traté ántes del cocoliste con todos los ancianos que supe sabían de esto. Y ninguno discrepaba, como cosa muy notoria entre ellos, y esto es lo que respondo á la primera pregunta de V. R., en cuanto á la autoridad que tiene esta historia.

A la segunda pregunta, «¿cómo podían los indios, sin escritura, conservar memoria de tantas cosas?» digo, como queda referido, que tenían sus figuras y hieroglíficos con que pintaban las cosas, en esta forma: que las cosas que no había imágen propia, tenían otros caracteres significativos de aquello, y con estas cosas figuraban cuanto querían. Y para memoria del tiempo en que acaeció cada cosa, ya ha visto V. R. lo que ahí está escrito del cómputo que estos usaban, haciendo cada cincuenta y dos años una rueda, de que ahí hago mencion, que era como un siglo, y con estas ruedas tenían memoria de los tiempos en que acaecían las cosas memorables, pintándolo á los lados de las ruedas con los caracteres que queda referido. Las ruedas y círculos de años que vi en las historias eran cuatro, porque estos no tenían otra cuenta, sino desde que salieron de las siete cuevas de que al principio de esta histo-

ria se hace mencion, y desde entónces hasta que vinieron los españoles habian corrido tres ruedas cumplidas y iba en la cuarta; y en estas ruedas estaban señalados todos los casos y cosas memorables que tenian en sus historias, como V. R. verá en la rueda que va al cabo de ese calendario que va con esta, donde ponen un español con un sombrero y sayo colorado, poniéndolo por señal del tiempo en que los españoles entraron en esta tierra, que fué de la cuarta rueda ó edad, corriendo el signo que llamaban *caña*, que pintaban en la forma que V. R. ahí verá.

Pero es de advertir que aunque tenían diversas figuras y caracteres con que escribían las cosas, no era tan suficientemente como nuestra escritura, que sin discrepar, por las mismas palabras, refiriese cada uno lo que estaba escrito: solo concordaban en los conceptos; pero para tener memoria entera de las palabras y traza de los parlamentos que hacían los oradores, y de los muchos cantares que tenían, que todos sabían sin discrepar [palabra, los cuales componían los mismos oradores, aunque los figuraban con sus caracteres, pero para conservarlos por las mismas palabras que los dijeron sus oradores y poetas, había cada día ejercicio dello en los de los mozos principales que habían de ser sucesores á estos, y con la continua repetición se les quedaba en la memoria, sin discrepar palabra, tomando las oraciones más famosas que en cada tiempo se hacían, por método, para imponer á los mozos que habían de ser retóricos; y de es-

ta manera se conservaron muchos parlamentos, sin discrepar palabra, de gente en gente, hasta que vinieron los españoles, que en nuestra letra escribieron muchas oraciones y cantares que yo vi, y así se han conservado. Y con esto queda respondido á la última pregunta de "cómo era posible tener esta memoria de las palabras," etc. Y para más satisfacción de lo que aquí he dicho, envío á V. R. las oraciones del Pater Noster, de la Ave María y de la Confesion general, y otras cosas de nuestra fe, como las escribieron y deprendieron los antiguos por sus caracteres, las cuales me enviaron los ancianos de Tezcuco y de Tula. Y esto bastará para colegir en qué manera escribían los antiguos sus historias y oraciones. Tambien envío, ultra del calendario de los indios, otros de los mismos, muy curioso, en que juntamente va declarado lo que pertenece á sus meses y días y fiestas, y juntamente concordado con las fiestas y meses y año de nuestro calendario eclesiático, que cierto pone admiracion ver que estos indios alcanzasen tanto con su ingenio y habilidad, como V. R. verá por esos papeles que ahí envío.

NOTA DEL AUTOR.

El P. Juan de Tovar, natural de Tezcuco, era prebendado de la Catedral y secretario del Cabildo cuando llegaron los primeros jesuitas, cuya ropa tomó el 3 de Julio de 1573, y fué el tercero de los que abrazaron aquí el nuevo instituto. Dos

años después, el 3 de Julio de 1575, hizo en el colegio de México los tres votos simples, y el cuarto en 19 de Enero de 1592. Fué tan eminente en la lengua nahoá, que le dieron el nombre de *Ciceron mexicano*: supo también la otomí y la maza-hua. Por muchos años se dedicó á la enseñanza en los colegios de Tepozotlan y de S. Gregorio de México: seis ántes de su muerte, ocurrida el 1.º de Diciembre de 1626, perdió la vista, cuya desgracia llevó con admirable paciencia.

De antiguo se sabía que el P. Tovar había escrito una Historia antigua de México, pues lo dijo el P. Acosta (lib. VI, caps. 1, 7 (1); pero se ignoraba su paradero. Clavijero no la vió, ni tampoco Beristain, aunque da la seña de ser «un grueso volúmen.» El Sr. Ramirez, en sus *Suplementos*, inéditos, á Beristain, habla ya de la Historia, y dice que segun noticia comunicada por D. Pascual de Gayangos, existía en la extraordinaria colección de Sir Thomas Phillipps (Middle Hill, Essex, Inglaterra), quien había formado una biblioteca de más de veinte mil manuscritos, trasladada á Cheltenham, despues de la muerte del poseedor (6 de Febrero de 1872). Pero todos ignorábamos que el manuscrito del Sr. Phillipps no era más que un fragmento de la obra, y que estaba impreso. Dióme esta noticia el diligente anticuario D. Ad. F. Bandelier, de Highland (Illinois, Estados-Uni-

(1) En este último capítulo trasladó, casi al pié de la letra, una parte de la respuesta del P. Tovar, aquí impresa: lo cual confirma su autenticidad.

dos), quien halló el título del impreso en el catálogo de los libros de Mr. E. G. Squier, vendidos en Abril de 1876. El Sr. Bandelier ignoró por algun tiempo el paradero del Tovar; mas despues supo que se hallaba en la famosa librería de Mr. J. Lenox, regalada á la ciudad de Nueva York, y allí le vió. El mismo Sr. Bandelier me ha comunicado las cartas arriba impresas y las noticias relativas al libro.

Tiene éste dos títulos en una misma portada: el primero, probablemente moderno, dice así:

Historia de los Indios Mexicanos, por Juan de Tovar.

El segundo, que parece ser el verdadero, es como sigue:

Historia de la benida de los Indios á poblar á México de las partes remotas de Occidente, y peregrinaciones del camino, su gobierno, ydolos y templos dellos, ritos, y ceremonias, y sacrificios, y sacerdotes dellos, fiestas y bayles, y sus meses y calendarios de los tiempos, los reyes que tuvieron hasta el postrero, que fué Inga (?), con otras cosas curiosas sacadas de los archivos y tradiciones antiguas dellos. Hecha por el Padre Juan de Tovar, de la Compañía de Jesus, enviada al Rey, nuestro Señor, en este original, de mano escrito.—Private Print, Middle-Hill, 1860.

Folio, 12 págs.

Este ejemplar fué regalado por el Sr. Phillipps al Sr. Squier en 1871.

De la comparacion hecha por el Sr. Bandelier

entre el fragmento impreso de la obra de Tovar y el *Códice Ramirez*, publicado recientemente, resulta tal semejanza, que no puede haber duda de que ambas obras son una misma. El Sr. Ramirez creía que el *Códice* se escribió originalmente en mexicano, y lo que tenemos es la traducción castellana hecha por el P. Tovar. Mas el Sr. Banelier opina que el *Códice* es composición original del Padre, y la segunda historia que escribió por haberse extraviado la primera en poder del provisor Portillo, que es la impresa por Pillips. Por mi parte, sin entrar en mayores explicaciones que no son propias de este lugar, me inclino á creer que de la *primera* historia del P. Tovar nada se sabe todavía: que el impreso es un fragmento de la *segunda*: que el *Códice* es esta segunda historia, no del todo completa: que el hecho de estar escrito en una columna, dejada en blanco la otra, no prueba que en ésta debía haberse colocado el texto original mexicano, al lado de la versión española, como supone el Sr. Ramirez, pues igualmente probaría que se pensó en hacer una versión mexicana, que fuera al par del texto español que tenemos; pero que por los antecedentes del caso, puede creerse que los indios á quienes ocurrió el P. Tovar para que le declarasen las pinturas, le dieron naturalmente las explicaciones en mexicano, en cuya lengua, como tan perito en ella, las redactó el Padre, para que nada perdiesen de su autenticidad, volviéndolas después al castellano para presentarlas al virrey, y de todos modos

es una obra suya, sin que se opongan á esta creencia las objeciones del Sr. Ramirez. La obra que cita Tovar, de un fraile dominico, *deudo suyo*, debe ser la del P. Durán, que como es sabido, sigue casi en todo el *Códice Ramirez*, ó mejor dicho, las explicaciones que los indios daban entónces de las pinturas que aún se conservaban.

